

SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO (C)
CLAUSURA DEL AÑO DE LA FE
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
24 de noviembre de 2013
2Sam 5, 1-3; Col 1, 12-20; Lc 23, 35-43

¿No creéis, hermanos y hermanas, que hasta cierto punto es lógica la reacción de la gente en este evangelio que acabamos de escuchar? Las *autoridades* y la gente contemplaban el *letrado* que decía: "*Éste es el rey de los judíos*" y, en cambio, veían a un crucificado sin fuerzas casi ni para respirar. Por eso se reían de Jesús. Sí, esta es la lógica humana. ¿Cómo puede ser rey aquel condenado a muerte después de una vida de predicador itinerante y seguido por un grupo que no contaba para nada? ¿Cómo puede ser este un rey sin poder ni antes de ser condenado ni ahora? Hasta cierto punto es lógica su reacción. Ellos concebían al *Mesías Rey de los judíos* con la dignidad y el poder de un señor terrenal. Era la idea general. Por eso muchos no descubrieron el misterio divino de aquel hombre que estaba en *la cruz* y se burlaban.

Pero hubo otros que descubrieron el misterio. Entre ellos, también uno de *los malhechores crucificados*. Los que se movían por lógicas humanas sin abrirse a lo inédito de Dios, no descubrieron la realeza escondida detrás aquel crucificado del medio. Pero, uno de los dos *malhechores* que compartían el suplicio con Jesús, si descubrió el misterio; comprendió, en medio del dolor, que aquel hombre era el *Rey salvador*, el *Mesías*. Y con palabras llenas de fe se reconoce humildemente pecador y le pide que se acuerde de él. Intuye que en el amor sin límites de Jesús, está la salvación, la fruición gozosa del *Reino* de Dios.

Jesús había evitado siempre el título de *Rey* que iba ligado inseparablemente al de *Mesías*; lo rehuía porque se prestaba a ser interpretado políticamente por parte de muchos. En cambio, en la cruz se acaban los equívocos. Él es *Mesías* y *Rey* de otra manera. Es un *Rey* crucificado, desarmado, sólo tiene las armas del amor que lo lleva a dar la vida. Jesús ejerce de *Rey* verdadero desde la cruz. Así queda claro que es un *Rey* sin ninguna ambición de dominar por la fuerza. Por eso ahora, acepta que aquel otro crucificado le trate de *Rey* para pedirle que se acuerde de él en su *Reino*. Y Jesús le promete que será acogido, que estará *en el paraíso*. Esta expresión no significa tanto un lugar material como una relación vital de Dios con el ser humano después de la muerte. Jesús sabe que, dando la vida en la cruz, abrirá para todos las puertas de esta relación eterna. Unas puertas, sin embargo, que la libertad humana puede rehusar cruzar. Porque Dios quiere que sea una relación libre y llena de amor, no forzada por ninguna imposición. La sencillez de corazón delante de Jesús y la conciencia de que uno mismo no tiene la llave para superar la muerte, hacen, como en el caso del ladrón arrepentido, que por medio de la fe, los creyentes nos podamos abrir a la realeza del *Mesías* crucificado.

Jesucristo clavado en cruz es el centro de la fe Cristiana. Y, tal como lo representa bien la cruz de este altar, es desde la cruz que es *Rey*. Y ¿qué significa ser *Rey* en el caso de Jesús? Significa que es el centro de todo, la medida de vivir en plenitud, el pastor de la humanidad por medio de la Palabra y del amor sin límites, el término hacia el cual se encamina la humanidad y toda la creación. Significa, a la luz de la fe bíblica, que en él está la plenitud de la divinidad. Esta realeza, sin embargo, sólo aparece resplandeciente en su resurrección y aún, según el designio divino, sólo para la mirada de la fe.

Hoy concluye la celebración del Año de la fe. Ha tenido como objeto dar más vitalidad a la fe de los creyentes, hacernos reencontrar el gusto de la fe y, por tanto, poner el

acento sobre nuestra identidad cristiana, de discípulos de Jesús, el *Rey* crucificado, que con su resurrección se ha convertido en esperanza de una vida nueva. La renovación de la vivencia de la fe, no obstante, no termina con la conclusión de hoy. Es un proceso que dura toda la vida. Debemos continuar, pues, este proceso de profundización. Y eso, en una doble dimensión, la de la vivencia espiritual de la fe por medio de la relación personal con Jesucristo, y el conocimiento razonado, intelectual, de los contenidos de la fe. Este proceso de profundización de la fe, sin embargo, sólo será auténtico si se traduce en amor a los demás, en solidaridad, en ayuda, en servicio a los pobres y marginados tanto si lo son en el cuerpo como en el espíritu.

La profundización de la fe es inseparable del hacer participar a los demás de la alegría del encuentro con Jesucristo. Por eso los bautizados debemos ser evangelizadores con la vida y con la palabra dicha oportunamente para ayudar a los demás a descubrir el tesoro que hemos descubierto nosotros. El tesoro que es Jesucristo y la riqueza de gracia que él da en su Iglesia, a pesar de la debilidad humana y el pecado de sus miembros que peregrinan en la tierra. Porque la acogida verdadera de Jesucristo es inseparable de la acogida de la Iglesia.

El Año de la fe ha sido marcado por la canonización y la beatificación de mártires de varios países, entre los cuales hay un buen número de monjes de nuestra comunidad. Es que los mártires son los testigos cualificados de una fe vivida radicalmente y nos invitan y ayudan a dar más y más a Jesucristo, el primero de los mártires, que en la cruz se ha convertido en *Rey* mediante la ofrenda de su sangre.

Desde el bautismo, hemos entrado en el ámbito de la realeza de Jesucristo y se ha establecido una relación vital de Dios con cada uno de nosotros. A nosotros nos toca profundizar cada día más para que todos los ámbitos de nuestra vida estén siempre bajo la realeza humilde y amorosa de Jesucristo. Lo hemos de vivir con la fe y la humildad del buen ladrón del Evangelio, que tras la experiencia de haber obrado el mal, en el dolor y ante la proximidad de la muerte, invoca a aquel que comparte con él su suerte, Jesús, como Salvador y como Señor del *Reino* eterno.

En la celebración de la Eucaristía Jesucristo, el *Rey*, viene a nosotros para insertarnos más y más en su "Reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz" (cf. prefacio de la solemnidad).